

MÁS ALLÁ DE LA SOCIEDAD CIVIL: LA IZQUIERDA DESPUÉS DE PORTO ALEGRE

La geografía de las protestas actuales contra la globalización señala un nuevo paisaje político mundial para la izquierda. En cierto modo, asistimos a una inversión del desplazamiento histórico del que hablara Isaac Deutscher: el traslado del movimiento anticapitalista desde sus orígenes decimonónicos en Europa occidental a Rusia y más tarde a China. Por supuesto, tras esta transformación milenaria yace el terremoto que llevó al hundimiento del bloque soviético, que llevó a China a poner rumbo hacia una integración pragmática en el mercado capitalista, que provocó una crisis de identidad –y por ende política– en la socialdemocracia y en los viejos partidos comunistas de masas y que condujo a la pauperización selectiva del Tercer Mundo. Una perturbación que borró de un plumazo toda una topografía de la izquierda. Sobre sus ruinas –en Chiapas o Porto Alegre, Seattle, Génova, Barcelona y en otros lugares– han crecido los grupos y las redes que en este momento están poniendo en tela de juicio la globalización neoliberal, indicando un diseño ideológico, político y geográfico completamente nuevo.

Chiapas: una región empobrecida del sur de México. Seattle: símbolo del microchip y de la posmodernidad estadounidense. Porto Alegre: una ciudad «europea» en el sur profundo de Brasil, gobernada por un partido que afirma representar a los trabajadores. ¿Qué tipo de movimiento puede surgir de semejante diversidad social y geográfica? En un país que no es conocido por sus tradiciones de izquierdas, Porto Alegre ha surgido como el emblema de las nuevas agregaciones, el punto en el que convergen un sinfín de esperanzas y temores, de ilusiones y de preguntas.

1

El desarrollo de la izquierda brasileña se hizo esperar en comparación con otros países de la región. Aunque sus partidos socialistas y comunis-

tas fueron fundados aproximadamente al mismo tiempo, a finales de la década de 1910 y principios de la de 1920, la formación económico-social brasileña –su economía basada en el café y su escaso grado de industrialización– impidieron que estas fuerzas cobraran la masa crítica que adquirieron en Argentina, Chile o Uruguay. Una comparación entre los programas nacional-populistas de Vargas en Brasil y de Perón en Argentina permite subrayar esta distinción. En respuesta a las consecuencias devastadoras del *crash* de Wall Street, Vargas se hizo con el poder en 1930 –derrocando a un gobierno conservador en una economía basada en las exportaciones de productos primarios– en un país fundamentalmente agrario. El Estado no tuvo muchas dificultades en hacerse con las riendas tanto políticas como institucionales de las estructuras sindicales a cuyo través promovió los derechos de una clase obrera urbana aún escasa. Por el contrario, en Argentina fue un gobierno progresista del Partido Radical, que jugara un papel fundamental en la reforma universitaria en Córdoba a finales de la década de 1910, el que sucumbió, víctima del desastre de 1929. Un régimen militar que renegociaría la dependencia argentina en términos regresivos estuvo en vigor durante la década de 1930 y principios de la de 1940. Cuando Perón se hizo con el poder en 1943, encabezaba a una clase obrera socialmente organizada, con una trayectoria política e ideológica clara y un conjunto marcado de tradiciones, lo cual explica que Perón tuviera que derrotar a la influencia socialista y comunista para proyectarse como líder popular. Vargas tuvo menos dificultades para imponer su dominio (como dictador, desde 1930 a 1945; como presidente electo desde 1950-1954), a causa de la debilidad y del atraso político de la clase obrera brasileña.

Una de las consecuencias de esta fragilidad fue que la coalición laborista-comunista de signo nacionalista que respaldara a Vargas desapareció prácticamente después del golpe militar de 1964. Los *trabalhistas*, que debían toda su fuerza al aparato del Estado y al Ministerio de Trabajo en particular, dejaron de existir una vez que éste fue ocupado por la junta militar, cuyas primeras medidas ordenaban la supervisión militar de todos los sindicatos, una congelación salarial, así como una persecución policial de los dirigentes obreros. La estrategia comunista de alianza subordinada con la «burguesía nacional» se desplomó, hasta el punto de que el partido desapareció materialmente.

Gracias a su importante posición geoestratégica, el golpe brasileño de la década de 1960 se produjo relativamente pronto en comparación con otros golpes en América Latina: 1964, el mismo año que en Bolivia; 1966 fue testigo de un golpe de Estado fallido en Argentina, que lograría abrirse paso diez años más tarde; los militares se hicieron con el poder en Chile y en Uruguay en 1973. Aunque la izquierda era más débil en Brasil que en otros lugares, la agitación en el medio rural, que estaba alcanzando grados inéditos, unida a la politización de los oficiales de baja graduación del ejército, fueron consideradas un peligro para la seguridad nacional tanto por Washington como por los escalafones superiores de las fuerzas armadas, concentrados en la Escola Superior de Guerra.

En esta etapa, la realización del golpe brasileño permitió a la dictadura militar un periodo de luna de miel durante los años finales del prolongado auge económico de la posguerra. Una afluencia de dólares excedentes financió la expansión económica, que no obstante se basó en las exportaciones y en el sector de bienes de lujo¹. Las tasas de crecimiento superaron el 10 por 100 anual hasta que se desencadenó la crisis capitalista internacional de 1973. Aun entonces, mientras que prácticamente todas las demás economías entraban en recesión, las tasas de crecimiento de Brasil tan sólo bajaron hasta oscilar entre el 5 y el 7 por 100. El impulso expansionista se mantuvo hasta el final de la década de 1970 mediante préstamos y dudosos proyectos de obras públicas –estadios de fútbol, la autopista transamazónica que todavía no ha sido terminada, grandes plantas hidroeléctricas y otros proyectos mastodónticos–. Llegado este punto, el bumerán del endeudamiento y del gasto público retornó, poniendo fin a cinco décadas de crecimiento continuo que transformaron el país en casi todos los aspectos, dejándolo sin embargo asfixiado por la deuda, la inflación y los déficit públicos. La crisis dio lugar no sólo a una «década perdida», sino a una era de práctico estancamiento, con índices de expansión económica que apenas superaban a los del crecimiento demográfico.

La resistencia de la izquierda al golpe militar adoptó principalmente el camino desesperado de la lucha armada entre 1967 y 1971, quedando excluidos todos los demás métodos a causa de la represión. A pesar de unas pocas acciones espectaculares, esta estrategia se demostró incapaz de acumular fuerzas en un plano de masas. A resultas de la derrota de la izquierda, se produjo una amplia hegemonía liberal en la oposición a la dictadura, ideológicamente orientada por las tesis del «autoritarismo» de Fernando Henrique Cardoso, que por entonces conseguía un prestigio como intelectual que intentaba dar comienzo a una carrera política. Esta fuerza cristalizó en un partido amplio –el Movimento Democrático Brasileiro (MDB)– que reunía a todos los elementos de la oposición legal. Junto a ésta comenzó a desarrollarse un sindicalismo de base sobre las ruinas de la temprana tradición sindicalista.

Los viejos sindicatos estaban implantados en las empresas públicas –petrolíferas, transportes y servicios públicos–, con Río de Janeiro, la antigua capital, como punto focal. El núcleo de la nueva militancia obrera descansaba en las plantas automovilísticas de la periferia de São Paulo, la ciudad más importante de Brasil en este periodo, desde el punto de vista socioeconómico. La producción de coches impulsó el crecimiento industrial brasileño desde la década de 1950 y aún hoy supone el 25 por 100 del PIB del país. Con su fuerte conciencia de clase y su hostilidad visceral a un régimen militar inclinado a la congelación de los salarios, estos sindicatos forjarían el núcleo del mayor de los nuevos partidos de la izquierda brasileña, el Partido dos Trabalhadores. Su líder, Luis Inácio da

¹ Véase Ruy Mauro MARINI, *Dialéctica de la dependencia*, México, 1973.

Silva, *Lula*, un emigrante procedente del noreste pobre y rural, encabezaría la organización.

El PT reunía a elementos progresistas de la Iglesia católica –transformada, bajo la influencia de la teología de la liberación, de componente del régimen militar en refugio para los activistas sociales– con defensores de los derechos civiles, trotskistas, maoístas y antiguas guerrillas, bajo la hegemonía de los sindicalistas militantes de Lula. Desde su fundación, el PT ha sido el principal actor de la izquierda brasileña. Su papel ha cambiado, pasando de ser un partido de resistencia a la dictadura –y a la posterior transición a una democracia parcial que conservó la mayor disparidad de las rentas del mundo– a convertirse en una alternativa de gobierno nacional. Lula ha quedado segundo en todas las elecciones presidenciales desde 1989, consiguiendo sistemáticamente la mayoría simple –30 por 100– de los votos; para cuando este texto sea publicado, Lula podría ser ya el presidente electo de Brasil. El PT ha ganado una serie de elecciones municipales y cuenta con un historial de gobierno eficaz de administraciones locales, caracterizado por sus políticas sociales, por su transparencia, por su compromiso con los movimientos populares y, por encima de todo –como en Porto Alegre– por sus presupuestos participativos.

2

Porto Alegre es la capital del Estado más sureño de Brasil, Rio Grande do Sul, que linda con Uruguay y Argentina. Este carácter fronterizo le concede un estatuto especial. A pesar de la vastedad del territorio de Brasil, que limita con todos los países de Sudamérica salvo Chile y Ecuador, casi todas sus fronteras son infranqueables. La selva y las montañas bloquean el paso a Bolivia, a Colombia, a Perú y a Venezuela. Los pasos sobre el Paraná en dirección a Paraguay son la otra excepción. Así pues, desde el principio Rio Grande do Sul se convirtió en un baluarte militar y, una vez que el ejército brasileño comenzó a intervenir en el gobierno, poco después de la brutal guerra de la Triple Alianza en 1865-1870, una importante base de poder de la política nacional. Muchas de las principales figuras dirigentes del país procedían de aquí –el propio Gétulio Vargas; João Goulart, presidente entre 1961 y 1964; Leonel Brizola, ex gobernador del estado y actual dirigente del Partido Democrático Trabalhista–, por no citar a varios altos oficiales de la dictadura militar, incluidos tres presidentes: Costa e Silva, Garrastazu Médici y João Figueiredo.

El PT ha heredado la tradición de politización del Estado, dentro de una forma más radical. En 1988, Olívio Dutra –sindicalista, empleado de banca y miembro fundador del PT– fue elegido alcalde de Porto Alegre. Su sucesor, Tarso Genro –abogado y ex militante de la oposición clandestina, actual candidato del PT a gobernador del Estado–, desarrolló el concepto de presupuesto participativo. Éste consiste en trasladar las decisiones relativas a la asignación de los recursos municipales del Consejo Municipal a

asambleas populares. Este proceso ha politizado los debates presupuestarios, sacándolos del ámbito tecnocrático y legislativo, permitiendo así un amplio debate público acerca de las prioridades de financiación y de sus implicaciones sociales y políticas. A lo largo del año, una serie de asambleas decide adónde debe ir el dinero, hace un seguimiento de su ejecución y un balance de los resultados. Este proceso se ha convertido en la mejor carta del PT, diferenciando y legitimando su administración gracias a la movilización de sus ciudadanos, hasta el punto de que los demás partidos incluyen ahora una versión diluida en sus programas.

3

Cuando se sugirió por primera vez la idea de celebrar un Foro Social, en contraposición al Foro Económico Mundial de Davos, Bernard Cassen, de *Le Monde Diplomatique*, propuso que se celebrara en Porto Alegre, una ciudad de la periferia, cuyos presupuestos participativos se han convertido en el emblema de un enfoque alternativo. Dicho de otra manera, fue el éxito de unas medidas políticas concretas, aplicadas por un partido de izquierda mediante un proceso de reformas del Estado democrático que acarrearán un reforzamiento de la esfera pública, lo que atrajo a Porto Alegre a los espíritus impulsores del Foro Social. A pesar de esto, el Comité Organizador tanto del primero como del segundo Foro Social estaba compuesto sobre todo de organizaciones no gubernamentales, contando tan sólo con una representación minoritaria de los dos principales movimientos sociales del país: la federación sindical de la CUT, bajo la dirección central del PT, y los Sem Terra, identificados con la base más radical del partido. A causa de este papel central de las ONG, el Foro asumió la función de un lugar de encuentro de la «sociedad civil» —una noción clave para los nuevos movimientos—, con todos los significados múltiples y distintos que ofrece este concepto. No es éste el lugar para explorar su genealogía, pero hay dos rasgos —uno inclusivo y el otro exclusivo— que han de ser destacados. El primero concierne al uso de las ONG como agentes del neoliberalismo dentro de la sociedad civil, sobre todo a través del uso táctico de estas organizaciones por parte del Banco Mundial para aplicar sus políticas de compensación social. México ha sido un banco de pruebas de estos intentos, que han sido cada vez más marcados con la presidencia de Fox. La práctica de la «asociación» con las grandes empresas promovida por las ONG —por más que nunca se haya presentado como tal— es otro aspecto del mismo problema. Las ambigüedades que ha creado esta coincidencia no han tenido, por el momento, un impacto negativo en el carácter antineoliberal del Foro, determinado gracias al fuerte impulso de otro elemento fundacional, las manifestaciones contra la OMC en Seattle.

El segundo aspecto, exclusivo, del énfasis en la sociedad civil consiste en el rechazo de los partidos y de los gobiernos, y en su aceptación de la contraposición sociedad civil/Estado. Éste es un aspecto más grave, no

sólo porque implica el rechazo de un arma potencial en un combate radicalmente desigual, sino también –lo que es más importante– porque de este modo el movimiento se aleja de los temas del poder, del Estado, de la esfera pública, de la dirección política e incluso, en cierto modo, de la lucha ideológica, elementos que eran consustanciales a la elección de Porto Alegre como sede del Foro. El resultado de esta exclusión de los partidos y del Estado, de abrirse paso, limitaría gravemente la formulación de cualquier alternativa al neoliberalismo, confinando tales aspiraciones en un contexto local o sectorial –el mantra de las ONG: «Piensa globalmente, actúa localmente»; propuestas de comercio justo; «desarrollo ecológicamente sostenible»– a la par que se renuncia a todo intento de construir una hegemonía alternativa así como a todo tipo de propuestas globales para combatir y derrotar al actual proyecto neoliberal del capitalismo mundial. Estas limitaciones quedaron perfectamente encarnadas en la estructura de los dos primeros Foros, organizados, respectivamente, en veinticuatro y veintisiete mesas redondas de discusión sobre temas enormemente fragmentados que contribuyeron a incrementar aún más si cabe el grado de dispersión, dando un tono académico al conjunto, con su correspondiente división intelectual del trabajo. Las conferencias generales funcionaron más bien como testimonios de personas ligadas en cierto modo al movimiento –y las de mayor éxito, en el primer Foro, corrieron a cargo precisamente de dirigentes de partidos o de movimientos sociales: Lula, João Pedro Stedile, José Bové o Eduardo Galeano.

El acto mismo de definirse como «no gubernamentales» rechaza explícitamente toda ambición, por parte de las ONG, de contribuir a la construcción de un proyecto hegemónico alternativo, que tendría que incluir, por su propia naturaleza, a Estados y gobiernos como medios a cuyo través se articula el poder político y económico en las sociedades modernas. De tal suerte que o bien se suman, explícita o implícitamente, a la crítica liberal de las acciones del Estado o limitan su actividad a la esfera de la sociedad civil, que, definida en contraposición al Estado, termina también en las fronteras de la política liberal. De hecho, el concepto mismo de «sociedad civil» enmascara la naturaleza de clase de sus componentes –corporaciones multinacionales, bancos y mafias, yuxtapuestas a movimientos sociales, sindicatos y agrupaciones cívicas– a la par que demoniza colectivamente al Estado. El papel preponderante de las ONG en la resistencia al neoliberalismo es un signo del carácter defensivo del movimiento, incapaz todavía de elaborar una estrategia hegemónica alternativa. Un cambio de orientación, que permitiera reunir la lucha contra la dominación imperial estadounidense con los elementos anticapitalistas de los movimientos, marcaría el comienzo de una fase ofensiva y politizada de su desarrollo.

A medida que la vieja izquierda fue debilitándose, fue perdiendo su base o abandonó la escena, el espacio de la resistencia antineoliberal fue ocupado por las agrupaciones de tipo ONG, deliberadamente alejadas de la arena política y por ende de toda reflexión estratégica seria; en cierto

modo fue como si toda esta área fuera abandonada al enemigo. Se propuso una nueva clase de ciudadanía global, que trascendía las fronteras nacionales, dándose sencillamente por sentadas la pérdida de poder y la debilidad política del Estado-nación. De este modo, los zapatistas consiguieron el reconocimiento internacional, en Internet y en los *media* globales, que luego regresó proyectado a su país de origen. En el ámbito nacional, continúan luchando por un reconocimiento de su derecho a la existencia. Por otra parte, en términos que discrepan en cierto modo del liberalismo, la idea de la sociedad civil ha sido utilizada por los movimientos sociales, las ONG y los grupos que luchan por los derechos civiles que continúan proclamando su oposición al Estado, a los gobiernos, los parlamentos y los partidos políticos, al mismo tiempo que buscan establecer «asociaciones» con las corporaciones multinacionales.

4

Lo nuevo siempre es difícil de aferrar, sobre todo cuando surge en un paisaje que ha cambiado con respecto a aquel en el que se produjeron los acontecimientos anteriores. El panorama que presentan los Foros Sociales sería incomprensible dentro de los marcos que caracterizaran los primeros intentos de coordinación internacional: la de las Internacionales, por ejemplo, o el Movimiento de los No Alineados, dominado por los países del Tercer Mundo. El mundo del trabajo, intrínseco a la Primera Internacional en particular –en la que la solidaridad se basaba en la explotación universalizada del trabajo–, ha cambiado. No son los trabajadores industriales, sino los sindicatos campesinos, que proceden de países periféricos o semiperiféricos, los que cuentan con una presencia importante en los Foros. Éstos se celebran en el Tercer Mundo, máxime cuando una fracción considerable de los participantes es del Sur; sin embargo, las manifestaciones más numerosas del movimiento desde Seattle han tenido lugar en países del centro. Así pues, las comparaciones con las Internacionales, la Conferencia de Bandung o Woodstock –el favorito de los *media*– no logran aferrar la especificidad histórica de los Foros, así como el conjunto muy diferente de elementos que entran aquí en combinación para construir una nueva subjetividad en la lucha por un orden posneoliberal².

Los movimientos obreros de masas de finales del siglo XIX y del siglo XX pusieron las bases de las Internacionales, llevando a los partidos socialistas y comunistas, a los sindicatos y a los representantes de los trabajadores al parlamento y a múltiples formas de expresión cultural. Políticamente, hoy el escenario es completamente distinto. La mayor parte de los

² Véase Manuel MONEREO, «Porto Alegre II: en transición», *Memoria* 158 (abril de 2002); Michael HARDT, «Porto Alegre, ¿la Conferencia de Bandung de nuestros días?», *NLR* 14 (mayo-junio de 2002), pp. 135-140.

viej os partidos establecidos de la izquierda europea estuvieron ausentes del primer Foro, contando tan sólo con una presencia mínima en el segundo. Las razones de esto residen tanto en la crisis ideológica provocada por la conversión al neoliberalismo de la socialdemocracia como en el peso o la implantación cada vez menores de estas corrientes. Las cuestiones importantes del movimiento obrero fueron planteadas, por el contrario, por los nuevos sindicatos de la semiperiferia: Sudáfrica, Corea, Brasil. Por más que se puedan encontrar rasgos comunes entre el Foro y la Primera Internacional –el carácter insurgente, pluralista y altamente ideologizado de las movilizaciones; el internacionalismo; la oposición al orden liberal del comercio libre– resulta imposible aferrar el significado de las nuevas formas sin un estudio de la ruptura que los divide. Lo que los separa en varios pedazos es la derrota y la desaparición de todo lo que antaño fuera el «socialismo realmente existente», así como la transformación que esto ha operado en la izquierda.

Desde el momento en que se produjo la revolución bolchevique –y sobre todo desde la Segunda Guerra Mundial– el escenario mundial estuvo polarizado por la oposición socialista/capitalista, que determinaba puntos de referencia ideológicos y políticos relativamente fijos. Mientras que la izquierda proclamaba una lucha entre los dos sistemas, las superpotencias occidentales llamaban a una batalla de la «democracia» contra el «totalitarismo». Ésta era la contradicción determinante de la época. Con la caída de la URSS y del bloque «socialista», el capitalismo volvió a ser el único soberano de la escena mundial. Los países poscapitalistas restantes se reinventaron a sí mismos. China optó por una forma de economía de mercado, como con toda probabilidad hará Vietnam. Cuba trató de defender las conquistas básicas del periodo anterior en vez de avanzar hacia el socialismo. El cambio radical en el equilibrio de fuerzas tuvo una amplia repercusión en los movimientos sociales y políticos. Con el crecimiento del desempleo en Europa, los sindicatos tuvieron que ponerse a la defensiva, logrando organizar en el mejor de los casos una resistencia parcial a la «flexibilización» mientras iban perdiendo rápidamente afiliados. En el mundo informal y heterogéneo del trabajo que estaba surgiendo, los métodos tradicionales de organización demostraron una eficacia cada vez menor. Los partidos tuvieron que enfrentarse a la universalización de las políticas neoliberales. La socialdemocracia europea se adaptó a esto desde el mismo momento en que, por primera vez, el centro-izquierda detentó el poder en casi todos los Estados de la UE; los partidos comunistas de la región se marchitaron o desaparecieron por completo. Un escenario similar tuvo lugar en Europa del Este, donde los antiguos partidos comunistas adoptaron un neoliberalismo radicalizado o versiones locales de la Tercera Vía.

No se ha evaluado lo suficiente la magnitud de esta derrota para la izquierda –su profundidad y su alcance–. Su principal componente es la victoria del liberalismo, tanto en el plano económico como en el político. Económicamente, la expansión de la esfera financiera, la desregulación y la cancelación (a cargo del mercado) de la protección social han

disuelto los fundamentos del Estado del bienestar. La comercialización ha absorbido y ha penetrado en el ámbito de las relaciones sociales, el hacer cotidiano y la conciencia, convirtiéndose en el imán de la vida ideológica. La corporación desempeña ahora un papel destacado a la hora de determinar los procesos económicos, en detrimento de las fuerzas sociales –sindicatos y partidos– basadas en formas de vida más asociativas y opuestas a la expansión ilimitada del mercado. Políticamente, con la sustitución de la oposición binaria «capitalismo/socialismo» por la de «democracia/totalitarismo», el liberalismo conquistó áreas de la izquierda hasta entonces inimaginables. La economía neoliberal y la democracia representativa fueron abrazadas como la forma definitiva de la política por parte de enormes agregados de la izquierda tradicional. De forma análoga, el «imperialismo» como realidad histórica actual desapareció del vocabulario político, permitiendo que Estados Unidos impusiera su hegemonía internacional como modelo tanto de «democracia» como de éxito económico, contraponiendo su sistema desregulado «anglosajón» a los restos del Estado del bienestar europeo. El progreso económico fue identificado con el libre flujo de capitales; los grados de desregulación sirvieron de parámetro del potencial de crecimiento. El proceso adoptó como logo el término *globalización*, para subrayar su distinción con respecto a los modelos nacionales «atrasados», imponiendo el movimiento internacional de los capitales como el único paradigma posible.

La combinación de estos elementos ha dado lugar a una hegemonía profunda y de largo alcance, consolidada en los ámbitos ideológico y cultural, sin comparación posible con ninguna otra hegemonía de la que haya disfrutado el capitalismo. En el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, Japón –a pesar de su peculiaridad cultural– abrazó los presupuestos básicos del capitalismo occidental, adaptando el sistema a su contexto nacional. En las últimas dos décadas, China, invicta en la guerra, ha asumido las mismas prioridades, transformando sus hábitos sociales, sus costumbres y valores a un ritmo nunca visto con anterioridad en la cultura oriental. En Europa occidental la socialdemocracia se ha convertido en el principal portavoz del neoliberalismo. En América Latina, las tendencias populistas tradicionales –siempre caracterizadas por un nacionalismo real o retórico– han jugado el mismo papel, optando en este caso por variantes extremas del neoliberalismo, con el PRI en México y Menem en Argentina a título de principales ejemplos.

Con la desaparición del socialismo del horizonte histórico actual –y con éste, de toda discusión del capitalismo como sistema social históricamente determinado– la izquierda se encontró desarmada frente a la contraofensiva lanzada por Reagan y Thatcher y continuada por Clinton y Blair. Abandonó los programas estratégicos para la construcción de un nuevo tipo de sociedad, pasando a defender los derechos de los oprimidos o a la creación de situaciones de resistencia locales y sectoriales. Buena prueba de ello la constituye la proliferación de gobiernos municipales alternativos y de ONG.

El proyecto de construcción de una alternativa al capitalismo fue abandonado en favor de la resistencia desde dentro, esto es, la oposición al neoliberalismo en vez de a todo el sistema. El «antitotalitarismo» se traduce ahora en una aversión a todo análisis global, a todo intento de ver el proceso histórico como un todo. Al parecer, éstos darían lugar inevitablemente a programas reductivos con el Estado como agente monolítico. La democracia pluralista exigía diagnósticos más «complejos», irreductibles al «economicismo» atribuido al marxismo (realmente existente), razón por la cual se imponía renunciar a las «grandes narraciones».

En este contexto, las formas locales y sectoriales de resistencia —ecológica, étnica, por los derechos humanos, la democracia municipal— se combinaron para dar forma al movimiento que, junto con las organizaciones sindicales y los grupos contra la OMC, saldrían explosivamente a la superficie en Seattle en noviembre de 1999. Aunque representan un avance, en la medida en que crean nuevos espacios en los que pueden unirse las fuerzas de oposición, muchas de ellas han renunciado también implícitamente a todo intento de construir una sociedad alternativa: como si se aceptara de hecho nuestra reclusión indefinida dentro de los límites del capitalismo y de la democracia liberal.

5

El Foro Social es un punto de encuentro excepcional para la reunión de todas las fuerzas antisistémicas a escala mundial. No tiene precedentes tanto por su diversidad —que reúne no sólo a partidos y corrientes políticas, sino a movimientos sociales, ONG, grupos en favor de los derechos civiles, sindicatos— como por su carácter no estatal y no de partido. Propone la elaboración de alternativas globales a las prácticas capitalistas actuales así como estrategias de aplicación. En este sentido, por su sola existencia, el Foro crea un espacio en el que la lucha contra el neoliberalismo puede sustraerse a los estrechos límites de la oposición binaria globalización *versus* Estado-nación en la que tratan de encerrarla sus adversarios. Una de las ideas básicas del Foro es que las alternativas al neoliberalismo tienen que ir más allá del Estado-nación y que, por lo tanto, tienen que operar en el ámbito internacional. El papel del Estado-nación varía en cada una de estas propuestas, pero comparten un marco común que consiste en proponer una globalización alternativa, que no es ni la del capital ni la de las corporaciones multinacionales.

En segundo lugar, el Foro vuelve a crear la posibilidad de una alianza entre fuerzas radicales de la periferia y del centro, que restablece una conexión rota por el triunfo del neoliberalismo y la caída de la URSS. Durante la década de 1990, la mayor parte de los gobiernos de centro-izquierda de los países del centro redefinieron las regiones de poder e influencia mundiales, abandonando a su suerte a la periferia como víctima privilegiada de la nueva ofensiva del capital. En tercer lugar, el Foro permite que las contribuciones teóricas, sociales y políticas al proyecto

converjan en el mismo espacio, sin que se determine una jerarquía, recordando, en cierto modo, el legado de la izquierda histórica, abordando las temáticas de una globalización alternativa.

El movimiento refleja tanto los puntos fuertes como las debilidades de la lucha contra el neoliberalismo. Sus virtudes incluyen el alto nivel de algunas de sus aportaciones teóricas, ya se trate de análisis globales o sectoriales; la heterogeneidad social: sindicatos, grupos ecologistas, de género, étnicos, junto con figuras intelectuales y culturales; así como la certidumbre moral de que los grandes temas a los que se enfrenta la humanidad a comienzos del siglo XXI deben discutirse aquí y no en Davos. Sus deficiencias incluyen la incapacidad de convertir esos beneficios en una fuerza política –ya sea en el ámbito de los gobiernos o parlamentos como en el terreno de la movilización de masas– que permita ejercer eficazmente un veto sobre las políticas neoliberales reinantes o emprender otras formas innovadoras de acción política. Hay también una debilidad en todo el campo de la economía. El movimiento carece de toda estrategia de transformación de los crecientes sentimientos de exasperación y desconfianza hacia el dogma neoliberal en una política alternativa o al menos en un proyecto que ponga freno a los movimientos especulativos del capital y señale el rumbo hacia otras formas de comercio internacional. Otro defecto es la participación desigual en los Foros, que cuentan con una representación muy escasa de algunos de los principales países del centro –Estados Unidos, Alemania, Japón, Gran Bretaña– o de superpotencias emergentes como China y la India.

6

Se han dado pasos importantes para abordar las debilidades de los Foros en los seminarios organizados por el Comité Internacional del Foro Social Mundial en Barcelona, en abril, y en Bangkok, en agosto de este año. Una de las principales decisiones consiste en trasladar la dirección política del Foro de manos del comité de organización original –compuesto de organizaciones brasileñas, en su mayoría ONG– al Comité Internacional. Éste está compuesto por cerca de sesenta redes internacionales de todos los continentes, que constituye una gama bastante representativa. El comité decidió dar un formato más concentrado a los Foros, con una agenda de cinco temas básicos alrededor de los cuales se agrupan todos los demás, con vistas a avanzar decididamente en la elaboración de propuestas políticas integrales y de las estrategias de lucha pertinentes. Ya se había decidido que los Foros no eran acontecimientos, sino un proceso de elaboración de alternativas y de las luchas encaminadas a su realización. Con esta idea en la cabeza se celebrarán los foros continentales y sectoriales antes del Foro de 2003, una vez más en Porto Alegre.

El Foro Social supone un hito, que marca el cambio de un periodo de resistencia fragmentaria y defensiva a una fase de acumulación de fuer-

zas, con la vista puesta en un escenario en el que una articulación internacional de movimientos políticos, sociales y culturales pueda enfrentarse al neoliberalismo y vencerle. Las primeras décadas del nuevo siglo son el marco para ese desafío, que hemos de recoger siendo plenamente conscientes de su complejidad y de la enorme discrepancia en lo que atañe a la escala relativa que continúa existiendo entre los movimientos.